

Este libro de W. R. Bion aporta una perspectiva nueva, fundamental y revolucionaria para el conocimiento y conducción del grupo en aspectos vinculados con su origen y estructura. Proporciona las bases para integrar el enfoque psicoanalítico clásico —focalizado sobre el individuo— con los conceptos kleinianos de identificación proyectiva y con las técnicas y conceptos del enfoque de la dinámica de grupo. Las observaciones de Bion acerca de los contenidos y tono de los intercambios entre paciente y paciente y entre los pacientes y el terapeuta en el grupo terapéutico, el significado de lo que se dice y de lo que no se dice, de la mímica y de los silencios, le han permitido establecer un repertorio de conceptos que hacen comprensibles conductas aparentemente extrañas e indescifrables. Entre estos conceptos, se destaca el hoy ya clásico de *supuesto básico* (fantasía colectiva y unitaria subyacente). La comprensión de la mentalidad de grupo que Bion suministra en esta obra enriquece la fundamentación racional de los procedimientos para la terapia de grupo y sirve al terapeuta para establecer su propio rol en éste y la naturaleza de sus interpretaciones.

ISBN 950-12-3204-2



9 789501 232042

PAIDOS

Experiencias en Grupos

W.R. Bion



Grupos e Instituciones

PAIDOS

DINÁMICA DE GRUPO

Utilizando su experiencia psicoanalítica, Freud¹ intentó iluminar algunos de los puntos oscuros que Le Bon, Mc Dougall y otros investigadores pusieron de manifiesto en sus estudios del grupo humano. Yo me propongo discutir los aportes que el psicoanálisis, en su evolución posterior, ofrece acerca de los mismos problemas, particularmente en aquellos aspectos vinculados con la obra de Melanie Klein. El trabajo de esta autora muestra que al comienzo mismo de la vida el individuo establece contacto con el pecho materno, y a través de una rápida extensión del primitivo grado de conciencia, con el grupo familiar; Melanie Klein enseña además que la naturaleza de este contacto pone de manifiesto cualidades peculiares, que tienen profunda significación tanto para el desarrollo del individuo como para comprender mejor los mecanismos ya demostrados por el genio intuitivo de Freud.

Espero mostrar que el adulto, en su contacto con las complejidades de la vida de grupo, recurre, en forma que podría ser una regresión masiva, a mecanismos que M. Klein describió (1931, 1946) como típicos de las fases más tempranas de la vida mental. El adulto debe establecer contacto con la vida emocional del grupo en que vive; esta tarea puede parecerle tan formidable como le parece al niño la relación con el pecho, y su regresión revela el fracaso en satisfacer las exigencias de esta tarea. Una parte esencial de su regresión consiste en la creencia de que un grupo existe como algo distinto de un agregado de individuos y también son partes de su regresión las características que el individuo atribuye al supuesto grupo. Alimenta la fantasía de que el grupo existe por el hecho de que la regresión implica para el individuo una pérdida de su "particularidad individual" (Freud, 1921, pag. 9), que no se diferencia de una despersonalización, y, por tanto, le impide observar que el grupo es un agregado de individuos. De esto se deduce que si el observador estima que hay un grupo, los individuos que lo componen deben haber experimentado esta regresión. Recíprocamente, cuando los individuos que componen un "grupo" (usando esta palabra para designar un agregado de indivi-

¹ Especialmente en *Totem y Tabú* (1913) y *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921).

duos en el mismo estado de regresión) por una razón u otra se sienten amenazados por la toma de conciencia de su particularidad como individuos, el grupo cae en el estado emocional conocido como pánico. Esto no quiere decir que el grupo se desintegre, y más adelante podrá comprobarse que no estoy de acuerdo con la idea de que el grupo pierda su cohesión a causa del pánico.

En esta sección resumiré ciertas teorías a las que he llegado aplicando en los grupos las intuiciones logradas en la práctica del psicoanálisis actual. Estas teorías difieren de muchas otras, tanto por sus méritos como por sus defectos, y por haber visto la luz en las situaciones de tensión emocional que intentan describir. Introduzco algunos conceptos nuevos para el psicoanálisis, en parte porque me ocupo de un asunto diferente, en parte porque deseo comprobar si el hecho de comenzar libre del compromiso que representan las teorías previas, nos puede conducir a que mi punto de vista sobre grupos y el punto de vista del psicoanálisis sobre el individuo sean comparables. Juzgaremos de este modo si ambos son complementarios o divergentes.

Hay momentos en que pienso que el grupo tiene una actitud hacia mí, y que puedo verbalizar en qué consiste dicha actitud; hay momentos en que otro de los miembros actúa como si también pensara que el grupo tuviera una actitud hacia él, y creo que puedo deducir cuál es su creencia; en otros momentos pienso que el grupo tiene una actitud con respecto a un individuo y que yo puedo decir en qué consiste. Estas ocasiones ofrecen la materia prima de las interpretaciones, pero la interpretación en sí misma es un intento de traducir en un lenguaje preciso lo que supongo que es la actitud del grupo hacia mí o hacia algún otro miembro, y la actitud del individuo hacia el grupo. Solamente aprovecho algunas de esas ocasiones; juzgo que el momento está maduro para una interpretación cuando ésta parece ser evidente y sin embargo pasa inadvertida.

Los grupos en que intenté desempeñar este rol atraviesan una serie de complejos episodios emocionales que permiten deducir, en relación con la dinámica grupal, teorías que me resultan útiles tanto para aclarar lo que sucede como para descubrir los núcleos de futuras evoluciones. Lo que sigue es un resumen de esta teoría.

EL GRUPO DE TRABAJO

En cualquier grupo pueden encontrarse rasgos que revelan una actividad mental. Aunque sea en forma casual, todo grupo se reúne para

“hacer” algo: cada miembro coopera en dicha actividad de acuerdo con sus capacidades individuales. Esta cooperación es voluntaria y depende del grado de habilidad sofisticada que el individuo posea. Sólo pueden participar en tal actividad los individuos que tienen años de entrenamiento y una capacidad para la experiencia que les ha permitido evolucionar mentalmente. Dado que esta actividad va aparejada a una tarea, se halla ligada a la realidad, sus métodos son racionales y, en consecuencia, aunque sea en forma embrionaria, científicos. Sus características son similares a las que Freud (1911) atribuyó al yo. A este aspecto de la actividad mental en un grupo lo llamo Grupo de Trabajo. Este término comprende sólo una actividad mental de una naturaleza particular y no a la gente que se entrega a ella.

Puede comprobarse que cuando los pacientes se reúnen en una sesión de terapia de grupo, siempre se dedica parte de la actividad mental a plantear problemas para cuya solución los individuos buscan ayuda. He aquí un ejemplo de un episodio acaecido en un grupo:

Seis pacientes y yo estamos sentados en rueda en una pequeña habitación. La señorita A sugiere que sería una buena idea que los miembros del grupo se pusieran de acuerdo para llamarse por sus nombres de pila¹. Se advierte una sensación de alivio porque ha surgido un tema de conversación; se intercambian miradas, y una breve llamarada de animación se hace momentáneamente visible. El señor B admite que se trata de una buena idea; el señor C dice que ello “haría las cosas más amigables”. La señorita A es alentada a divulgar su nombre, pero se lo impide la señorita D que dice que no le gusta su nombre de pila, preferiría que no fuese conocido. El señor E propone el uso de seudónimo; la señorita F se observa las uñas. Pocos minutos después de la propuesta de la señorita A, la discusión ha languidecido, y en su lugar aparecen miradas furtivas, que en su mayoría se dirigen a mí. El señor B se levanta para decir que de alguna manera debemos llamarnos. El humor del grupo es ahora un compuesto de creciente ansiedad y frustración. Mucho antes de que me mencionen, se ve que mi nombre se ha transformado en un motivo de preocupación. Abandonado a sus propios recursos, el grupo amenaza hundirse en la apatía y el silencio.

A fin de lograr mis propósitos presentes pondré en evidencia aquellos aspectos del episodio que me sirven para ilustrar el uso que hago del término grupo de trabajo. Podría hacer lo mismo dentro del grupo, pero ello dependerá de mi apreciación del significado que el episodio tiene

¹ Véase la discusión que sobre el tabú en relación a los nombres hace Freud en su obra *Totem y Tabú* (1913, pág. 54).

dentro del contexto de su vida mental, hasta donde se ha manifestado en ese momento.

Primero, es evidente que si siete personas han de mantener una conversación, la discusión se vería facilitada si los miembros se llamaran por sus nombres. En la medida en que la discusión ha surgido de la comprensión de este hecho, es un producto de la actividad del grupo de trabajo. Pero el grupo ha ido más allá de la mera propuesta de dar un paso que resultaría útil en cualquier grupo, con prescindencia de su objeto. Al proponerse el uso de los nombres de pila se hizo referencia a que esto facilitaría la amistad. Creo adecuado decir que dentro del grupo del que me ocupo, la amistad se considera de importancia fundamental para las necesidades terapéuticas. En el momento en que el ejemplo fue tomado resultaría también exacto decir que tanto la objeción de la señorita D como la solución propuesta por el señor E, pueden ser consideradas como dictadas por necesidades terapéuticas; y de hecho señalo que las sugerencias se ajustaban a la teoría aún no formulada explícitamente, de que nuestras enfermedades se curarían si el grupo pudiera ser conducido de manera que sólo experimentara emociones agradables. Se verá que la demostración de la función del trabajo de grupo debe incluir: el proceso de desarrollo del pensamiento que se intenta traducir en acción; la teoría, en este caso la necesidad de amistad, en la cual se basa; la creencia en que el cambio de medio es en sí suficiente para curarse sin que se produzca un cambio correspondiente en el individuo; y, por último, una demostración de la clase de hechos que se consideran como "reales". En el ejemplo que acabo de dar sucedió que luego pude demostrar que la función del grupo de trabajo, aunque no la llamé así, basada en la idea de que la curación podía lograrse en un grupo que sólo experimentara sentimientos agradables, no parecía haber producido la anhelada cura; y de hecho se veía obstruida por la dificultad de traducirla a la acción, aparentemente simple, de asignar nombres.

Antes de pasar a la discusión de la naturaleza de las obstrucciones que sufre la actividad del grupo de trabajo, quisiera mencionar una dificultad en la exposición de mis teorías, que creo ya se habrá puesto de manifiesto. Describir un episodio del grupo, tal como el que he señalado, e intentar luego deducir de él algunas teorías, sólo representa para mí el decir que tengo la teoría de que sucedió tal y tal cosa y que puedo decirlo de nuevo, sólo que en diferente lenguaje. El único modo de que el lector pueda librarse del dilema, sería recordar el caso de algún comité u otro tipo de reunión en el que haya participado, y considerar hasta qué punto encuentra allí elementos que puedan apuntalar la existencia

de lo que he llamado función del grupo de trabajo, sin olvidar la estructura administrativa real, director y demás componentes, como material que debe ser incluido en tal revisión.

LOS SUPUESTOS BÁSICOS

Las interpretaciones hechas en términos de la actividad del grupo de trabajo dejan mucho sin expresar. La sugestión sobre el uso de seudónimos ¿ha sido motivada sólo con el propósito de encarar las demandas de la realidad? Las miradas furtivas, la preocupación por la forma correcta de dirigirse al analista, que se hizo manifiesta en seguida, no pueden ser interpretadas provechosamente como relacionadas con la función del grupo de trabajo.

La actividad del grupo se ve obstruida, diversificada, y en ocasiones asistida por algunas otras actividades mentales que tienen en común el atributo de poderosas tendencias emocionales. Estas actividades, que a primera vista parecen caóticas, adquieren cierto grado de cohesión si admitimos que surgen de supuestos básicos comunes a la totalidad del grupo. En el ejemplo que he dado, era fácil reconocer que un supuesto común a todo el grupo consistía en que sus miembros estaban reunidos para recibir de mí cierta clase de tratamiento. Pero la investigación de esta idea como parte de la función del grupo de trabajo, mostró que existían ideas investidas de realidad por la fuerza de la emoción ligada a ellas que no conformaban siquiera las esperanzas algo ingenuas que alimentaban conscientemente los miembros menos sofisticados. Por otra parte, aun los individuos sofisticados (uno de los miembros, por ejemplo, era un diplomado en ciencias) mostraron con su comportamiento que compartían estas ideas.

El primer supuesto consiste en que el grupo se reúne a fin de lograr el sostén de un líder de quien depende para nutrirse material y espiritualmente y para obtener protección. Así establecido, mi primer supuesto básico podría ser considerado como una repetición de lo que he señalado anteriormente: que el grupo supone "que sus miembros se han reunido para recibir de mí alguna forma de tratamiento", con la sola diferencia de estar expresado en términos metafóricos. Pero lo esencial es que el supuesto básico sólo puede entenderse si las palabras que he usado se toman en un sentido literal y no metafórico.

He aquí una descripción de un grupo terapéutico en que actúa el supuesto básico de dependencia, como lo he llamado.

Estaban presentes tres mujeres y dos hombres. En una ocasión ante-

rior el grupo había mostrado señales de orientar la función del grupo de trabajo hacia la cura de las deficiencias de sus miembros; se podía suponer que esta vez los miembros habían reaccionado con desesperación, colocando toda su confianza en mí para sortear sus dificultades, mientras se conformaban con plantear problemas individuales, a los que yo debía darles solución. Una mujer había traído chocolate, y tímidamente invitó a otra mujer, su vecina de la derecha, para que lo compartiera. Un hombre estaba comiendo un sandwich. Un graduado en filosofía, que en sesiones anteriores había expresado ante el grupo su falta de fe en Dios, y en toda religión, estaba sentado en silencio, como lo hacía frecuentemente, hasta que una de las mujeres, con un dejo de aspereza en la voz, señaló que él no había hecho preguntas. El aludido contestó: "Yo no necesito hablar porque sé que lo único que debo hacer es asistir a las sesiones durante un tiempo bastante largo y todas mis interrogaciones serán respondidas sin que deba hacer nada".

Dije entonces que me había transformado en una especie de deidad del grupo; que las preguntas se me dirigían como si fuera alguien que podía saber las respuestas sin necesidad de apelar al trabajo, que el comer era parte de una maniobra del grupo para alimentar una creencia que sus miembros deseaban conservar acerca de mí, y que la respuesta del filósofo indicaba una negación de la eficacia de la oración, pero por otra parte parecía desmentir sus afirmaciones anteriores donde había expuesto su descreimiento. Cuando comencé mi interpretación no sólo estaba convencido de la verdad que ella encerraba, sino que estaba seguro de que podría convencer a los otros al enfrentarlos con el conjunto del material, que puedo exponer sólo en parte dentro de este relato escrito. Cuando hube terminado de hablar sentí que había cometido algún error; me rodeaban miradas desconcertadas. La evidencia había desaparecido. Después de un tiempo, el hombre que había terminado su sandwich y guardado en el bolsillo el papel cuidadosamente doblado, miró en derredor con las cejas levemente levantadas, interrogante. Una mujer me miró con expresión tensa; otra, con las manos recogidas observaba el piso en forma meditativa. Comenzó a robustecerse en mí la convicción de que había sido culpable de blasfemia dentro de un grupo de verdaderos creyentes. El segundo de los hombres, con los codos sobre el respaldo de la silla, jugaba con los dedos. La mujer que estaba comiendo tragó con rapidez el resto de su chocolate. Interpreté ahora que me había transformado en una persona muy mala al arrojar dudas sobre la deidad del grupo, pero que esto había traído como consecuencia un aumento de la ansiedad y la culpa en la medida en que el grupo había fracasado en desligarse del acto impío.

En este relato he hecho hincapié en mis propias reacciones por una razón que más adelante espero se haga patente. Puede afirmarse con justicia que las interpretaciones cuyas mayores evidencias se apoyan no en los hechos observados en el grupo, sino en las reacciones subjetivas del analista, tienen mayor posibilidad de encontrar su explicación en la psicopatología del analista que en la dinámica del grupo. Se trata de una crítica justa, una crítica que tendrá que ser confrontada a través de muchos años de trabajo cuidadoso realizado por más de un analista, pero por esta misma razón la dejaré a un lado y pasaré a plantear un argumento que sostendré a través de este capítulo.

En el tratamiento de grupo muchas interpretaciones, y entre ellas las más importantes, se basan en la fuerza de las propias reacciones emocionales del analista. Creo que estas reacciones dependen de que el analista es dentro del grupo el recipiente de lo que Melanie Klein (1946) llamó identificación proyectiva, siendo este mecanismo muy importante en los grupos. Ahora bien, la experiencia de la contratransferencia, de acuerdo con mi criterio, tiene una cualidad muy distinta que capacitaría al analista para distinguir cuándo es objeto de una identificación proyectiva y cuándo no lo es. El analista siente que lo están manejando para que desempeñe un papel, aunque sea difícil de reconocer, en la fantasía de alguien, o lo sentiría si no fuese por algo que sólo puedo llamar una pérdida temporaria de "insight", una sensación de experimentar poderosos sentimientos, y al mismo tiempo una creencia de que su existencia está adecuadamente justificada por la situación objetiva, sin recurrir a la explicación recóndita de su génesis.

Desde el punto de vista del analista, la experiencia está constituida por dos fases estrechamente relacionadas: en la primera existe un sentimiento de que, sea lo que fuere lo que uno ha hecho, por cierto no ha ofrecido una interpretación correcta; en la segunda surge el sentimiento de ser una clase especial de persona dentro de una singular situación emocional. Creo que la primera condición del analista en el grupo consiste en la habilidad para sacudirse ese entorpecedor sentimiento de realidad que es concomitante a este estado. Si puede lograrlo, estará en posición adecuada para dar lo que creo que es la interpretación correcta y, en consecuencia, para ver sus conexiones con la interpretación previa, de cuya validez lo hicieron dudar.

Debo volver a considerar el segundo supuesto básico. Igual que el primero, éste también se relaciona con el propósito del grupo. Mi atención fue reclamada en un principio por una sesión durante la cual la conversación fue monopolizada por un hombre y una mujer, que aparentemente ignoraban al resto del grupo. Las miradas que ocasional-

mente se intercambiaban los otros miembros parecían sugerir la opinión, no tomada muy seriamente en consideración, de que la relación era amorosa, aunque apenas podría decirse que el contenido manifiesto de dicha conversación fuera muy distinto de los otros intercambios dentro del grupo. Sin embargo, quedé impresionado por el hecho de que ciertos individuos, que generalmente eran sensibles a cualquier manifestación que los excluyera de la actividad supuestamente terapéutica, que en este momento consistía en hablar y obtener una "interpretación" mía o de algún otro miembro del grupo, no parecieron dar importancia al hecho de dejar la escena enteramente a disposición de dicha pareja. Más adelante se hizo evidente que el sexo de la pareja no tenía influencia en la suposición de que se estaba produciendo un proceso de emparejamiento. Estas sesiones se dieron en una atmósfera de esperanza y expectación peculiares que las diferenciaba mucho de aquellas reuniones ordinarias donde el tiempo transcurría entre el aburrimiento y la frustración. No debe suponerse que los elementos sobre los que haga recaer la atención, bajo el título de grupo de emparejamiento, se manifiestan en forma exclusiva o aun predominante. En verdad existen pruebas numerosas de estados mentales del tipo que nos es familiar en psicoanálisis; resultaría realmente extraordinario si, para tomar un ejemplo, uno no viera en los individuos evidencia de reacción ante una situación de grupo que pudiera aproximarse a una representación de la escena original. Pero, en mi opinión, si permitimos que nuestra atención se vea absorbida por tales reacciones, cualquier observación de lo que es específico del grupo se vería obstaculizada; pienso, además, que una concentración de tal naturaleza puede conducir, en el peor de los casos, a una falsificación del psicoanálisis antes que a una exploración de las posibilidades terapéuticas de un grupo. Por lo tanto, el lector debe suponer que en esta situación, como en otras, habrá siempre una gran cantidad de material familiar al psicoanálisis, pero que todavía espera su evaluación en la situación de grupo. Propongo que por el momento se ignore este material, y me dedicaré ahora a una consideración de la atmósfera de expectación llena de promesas que he mencionado como una característica del grupo de emparejamiento. Con frecuencia esto encuentra expresión verbal en ideas que apoyan la opinión de que el matrimonio pondrá fin a las incapacidades del neurótico; que cuando la terapia de grupo se haya extendido suficientemente, revolucionará la sociedad; que la próxima estación: primavera, verano, otoño o invierno, cualquiera sea el caso, será más agradable, que se debería desarrollar una nueva clase de comunidad —un grupo mejorado—, y otras ideas por el estilo. Esas expresiones tienden a dirigir la atención a un acontecimiento supuestamente futuro, pero para

el analista el problema a resolver no reside en un acontecimiento futuro, sino en el presente inmediato— el sentimiento de esperanza en sí mismo. Este sentimiento es característico del grupo de emparejamiento y debe tomarse como una evidencia de que el grupo de emparejamiento existe, aun cuando aparentemente no haya otra prueba. Es, a la vez, un precursor de la sexualidad y una parte de ésta. Las ideas optimistas que hallan su expresión verbal son racionalizaciones que intentan lograr un desplazamiento en el tiempo y un compromiso con los sentimientos de culpa; gozar de dicho sentimiento se justifica porque apela a un resultado que se supone como moralmente libre de toda objeción. Así, los sentimientos ligados al grupo de emparejamiento son el polo opuesto a los sentimientos de odio, destrucción y desesperación. Para que estos sentimientos de esperanza se sostengan es esencial que el "líder" del grupo, a diferencia del líder del grupo de dependencia y del grupo de ataque-fuga, no haya nacido. Será una persona o una idea la que salvará al grupo —de hecho lo librará de los sentimientos de odio, destrucción y desesperación que surjan en el propio grupo o en otro—, pero a fin de lograr esto, es obvio que la esperanza mesiánica no debe verse realizada. La esperanza sólo persiste cuando permanece como esperanza. La dificultad está en que, debido a la racionalización que el grupo hace de su naciente sexualidad, de la premonición del sexo que se impone como esperanza, haya en el grupo de trabajo una tendencia a dejarse influenciar por el sentido de producir un Mesías, sea éste una persona, una idea o una utopía. En la medida en que lo logra, la esperanza se desvanece; pues es evidente que ya entonces no hay nada que esperar, y, dado que la destrucción, el odio y la desesperación no se han visto radicalmente influidos, su presencia se hace sentir nuevamente. Esto, a la vez, aumenta el debilitamiento de la esperanza. Si, con fines de discusión, aceptamos la idea de que el grupo debiera ser manejado de manera que se mantenga la esperanza, sería necesario que aquellos que tengan un interés propio en tal tarea (tanto en función de su capacidad como de miembros de un grupo especializado de trabajo —tal como lo describiré en breve— o en función de individuos), procuren que las esperanzas mesiánicas no se materialicen. Por supuesto, existe el peligro de que tales grupos especializados de trabajo puedan pecar por un exceso de celo, y en consecuencia, interfieran con la función espontánea, creativa, del grupo de trabajo, o bien que se anticipen a sí mismos y se aboquen a la dolorosa necesidad de destruir al Mesías y recrear luego la esperanza mesiánica. El problema que debe enfrentarse dentro del grupo terapéutico consiste en capacitar al grupo para que esté conscientemente alerta a los sentimientos de esperanza y sus conexiones, y al mismo tiempo los tolere.

El tercer supuesto básico es que el grupo se ha reunido para luchar por algo o para huir de algo. Está preparado para hacer cualquiera de las dos cosas indiferentemente. A este estado mental yo lo llamo grupo de ataque-fuga; dentro de un grupo en tal estado se aceptará a aquel líder capaz de obtener del grupo que aproveche la oportunidad para escapar o para agredir. Si hace demandas que no se ajusten a esto, es ignorado. En un grupo terapéutico el analista es el líder del grupo de trabajo. El apoyo emocional que él puede brindar está sujeto a fluctuaciones en relación con el supuesto básico activo y con la medida en que sus actividades se ajusten a lo que se requiere de un líder en esos diversos estados mentales. En el grupo de ataque-fuga el analista encuentra que sus intentos para aclarar lo que está sucediendo se ven obstaculizados por la facilidad con que aquellas propuestas que expresan odio a toda dificultad psicológica, o bien los medios por los cuales ésta puede ser evadida, obtienen apoyo emocional. Debería señalar que dentro de este contexto, la propuesta para usar nombres de pila que mencioné en el primer ejemplo pudo muy bien haber sido interpretada como una expresión del deseo de huida dentro de un grupo de ataque-fuga, aunque, por razones ligadas con la etapa de evolución que el grupo había alcanzado, yo la interpreté en términos de la función del grupo de trabajo.

CARACTERÍSTICAS COMUNES A TODOS LOS GRUPOS DE SUPUESTO BÁSICO

Participar en una actividad de supuesto básico no requiere entrenamiento, experiencia ni madurez mental. Es instantáneo, inevitable e instintivo; no he sentido la necesidad de explicar los fenómenos que he observado en el grupo¹ para postular la existencia de un instinto gregario. En contraste con la función del grupo de trabajo, la actividad de supuesto básico no demanda del individuo una capacidad para cooperar, sino que depende del grado en que los individuos posean aquello que he llamado valencia, término que tomé de la física para expresar la capacidad que poseen los individuos para combinarse entre sí instantánea e involuntariamente y compartir y actuar de acuerdo con el supuesto básico. La función del grupo de trabajo está siempre en relación con un supuesto básico, y sólo con uno. Aunque la función del grupo de trabajo pueda permanecer inalterable, el supuesto básico concomitante implícito en sus actividades puede cambiar frecuentemente. Pueden producirse dos o tres cambios en una hora, o bien el mismo supuesto básico puede predomi-

¹ En contraste con W. Trotter (1916), pero de acuerdo con Freud (1921, pág. 3).

nar durante meses. Para explicar el destino de los supuestos básicos que no están en actividad he postulado la existencia de un sistema protomental dentro del cual la actividad física y mental está indiferenciada, y permanece fuera del campo que ordinariamente se considera adecuado para las investigaciones psicológicas. Debe tenerse presente que el hecho de que un campo sea adecuado para la investigación psicológica depende de otros factores además de la naturaleza del campo a investigar. Uno de ellos es la fuerza que posea la técnica de investigación psicológica. El reconocimiento del campo de la medicina psicosomática demuestra la dificultad con que tropieza el intento de determinación de la línea que separa los fenómenos psicológicos de los físicos. Por lo tanto, propongo dejar indeterminados los límites que separan el supuesto básico activo de aquellos que he dejado relegados al hipotético sistema protomental.

Muchas técnicas son de uso diario para la investigación de la función del grupo de trabajo. Considero que el psicoanálisis, o ciertas extensiones de la técnica que derivan directamente de aquél, son esenciales. Pero dado que las funciones del grupo de trabajo están siempre ligadas con los fenómenos de supuesto básico, es evidente que las técnicas que ignoren a estos últimos darán una impresión equivocada de las primeras.

Las emociones asociadas con el supuesto básico pueden ser descritas con los términos usuales: ansiedad, temor, odio, amor y otros similares. Pero las emociones comunes a cualquiera de los supuestos básicos se influncian entre sí en forma sutil como si constituyeran una combinación peculiar del supuesto básico en actividad. Es decir, que la ansiedad dentro de un grupo dependiente tiene una cualidad diferente de la ansiedad que se manifiesta en el grupo de emparejamiento, y lo mismo ocurre con otros sentimientos.

Todos los supuestos básicos incluyen la existencia de un líder, aunque, como lo he dicho, en el grupo apareado el líder sea no-existente, es decir, no haya nacido. Este líder no necesita identificarse con ningún individuo del grupo; no necesita en absoluto ser una persona, sino que puede estar identificado también con una idea o un objeto inanimado. En el grupo dependiente el lugar del líder puede ser ocupado por la historia del grupo. Un grupo que se queja por su falta de habilidad para recordar lo que había sucedido en ocasiones previas, se estabiliza al hacer un registro de sus reuniones. Este registro se transforma así en una "biblia" a la cual se apela si, por ejemplo, el individuo que ha sido investido por el grupo para desempeñar el liderazgo demuestra ser material refractario para ajustarse a las caracte-

ísticas propias del líder dependiente. El grupo recurre al dictado de una "biblia" cuando se siente amenazado por una idea cuya aprobación significaría evolución por parte de los individuos que constituyen el grupo. Tales ideas engendran fuerza emocional y excitan una oposición también emocional, por su asociación con características adecuadas al líder del grupo de ataque-fuga. Cuando un grupo de dependencia o de ataque-fuga está en actividad, se origina una lucha para suprimir la idea nueva, ya que se considera que la aparición de una idea nueva amenaza el *statu quo*. En una situación de guerra, la idea nueva —ya se trate de un tanque o de un nuevo método para selección de oficiales— se considera como una novelaría, opuesta, por lo tanto, a la biblia militar. Dentro de un grupo dependiente la idea nueva se ve como una amenaza al líder de dependencia, sea este líder una "biblia" o una persona. El fenómeno resulta verdadero aun dentro del grupo de emparejamiento, pues, como he dicho antes, la idea o persona nueva, al ser equiparada con el genio no-existente o Mesías, no debe nacer si es que ha de llenar la función que demanda este grupo.

FORMAS ABERRANTES DEL CAMBIO DE UN SUPUESTO BÁSICO A OTRO

El cambio en la mentalidad del grupo no necesita obedecer a desplazamientos de un supuesto básico a otro y puede tomar ciertas formas aberrantes que dependen del supuesto básico que esté en actividad cuando la tensión aumenta. Estas formas aberrantes envuelven siempre a un grupo externo. Si el grupo dependiente está en actividad y es amenazado por la presión que ejerce el líder del grupo de emparejamiento —quizás en la forma de una idea que está teñida con esperanza mesiánica—, cuando métodos tales como el recurrir a una biblia resultan inadecuados, se conjura la amenaza provocando la influencia de otro grupo. Si está en actividad el grupo de ataque-fuga se tiende a absorber a otro grupo. Si el grupo de emparejamiento está en actividad, la tendencia es hacia la escisión. Esta última reacción puede parecer extraña, a menos que se recuerde que en el grupo apareado la esperanza mesiánica, ya se trate de una persona o una idea, debe permanecer en el plano de lo irrealizable. El núcleo de la cuestión reside en que una idea nueva amenaza reclamar evolución, y los grupos de supuesto básico están incapacitados para tolerar dicha evolución. Más adelante presentaré las razones de este fenómeno.

EL GRUPO ESPECIALIZADO DE TRABAJO

Existen algunos grupos especializados de trabajo, sobre los que Freud (1921, pág. 41), ha llamado la atención, aunque no les diera tal nombre, cuya tarea es especialmente proclive a estimular la actividad de un determinado supuesto básico. El Ejército y la Iglesia son señalados como dos grupos típicos de esta naturaleza. Una iglesia tiende a verse interferida por fenómenos de grupo de dependencia, y un ejército muestra una propensión similar por los fenómenos del grupo ataque-fuga. Pero debe también considerarse la posibilidad de que esos grupos reciban un impulso que parta del grupo principal del que forman parte, cuyo propósito específico consista en neutralizar al grupo de dependencia y al grupo ataque-fuga respectivamente, y de esa manera impedir que la función de grupo de trabajo, del grupo principal, se vea obstaculizada por aquéllos. Si adoptamos la última hipótesis, el hecho de que la actividad del grupo de dependencia o del grupo de ataque-fuga deje de manifestarse dentro de los grupos especializados de trabajo o que por el contrario crezca hasta alcanzar un poder fuera de lo común, debe verse como un fracaso del grupo especializado de trabajo. En cualquiera de los casos mencionados, el resultado es el mismo: el grupo principal tiene que hacerse cargo de las funciones propias del grupo especializado de trabajo, y además desempeñar sus propias funciones. Si el grupo especializado de trabajo no enfrenta, o no puede hacerlo, los fenómenos del supuesto básico que son de su incumbencia, las funciones de grupo de trabajo del grupo principal estarán viciadas por la presión que ejercen dichos supuestos básicos. Si la función del grupo de trabajo consiste esencialmente en transformar los pensamientos y sentimientos en una conducta que se ajuste a la realidad, esta función está mal adaptada para dar expresión a los supuestos básicos. Estos se tornan peligrosos en la medida que se intente traducirlos en acción. En verdad, el grupo especializado de trabajo tiende a reconocer este hecho, lo que se ve a través de los esfuerzos que realiza para llevar adelante el proceso inverso, es decir, traducir la acción en términos de la mentalidad propia del supuesto básico — un procedimiento mucho menos arriesgado. Así, cuando una realización de notables características, fruto de la función del grupo de trabajo, es presentada ante una iglesia, ésta inducirá al grupo a dar gracias a su deidad y no a su capacidad para realizar una difícil tarea en el plano de la realidad, *non nobis, Domine*. Desde el punto de vista de facilitar el funcionamiento del grupo de trabajo, la Iglesia, próspera y triunfante, debe

combinar el robustecimiento de la creencia religiosa con la insistencia de que ésta no se lleve a la acción. Si la lucha cumple exitosamente su objetivo, se favorecerá la creencia de que todo se puede lograr por la fuerza, cuidando que ésta nunca se use. En ambos casos se demuestra que la mentalidad de supuesto básico no se presta para la acción, dado que la acción requiere la función del grupo de trabajo para mantener el contacto con la realidad. Dentro del pequeño grupo terapéutico cuando el grupo de dependencia está en actividad, existe la tendencia a producir un subgrupo que toma sobre sí la función de interpretar ante el grupo al líder del grupo dependiente, representado generalmente por el analista. Dentro del grupo de ataque-fuga existe un subgrupo que desempeña una función similar. Si el analista resulta material reactivo, está expuesto a evocar aquellas reacciones que anteriormente he descrito como asociadas con la amenaza que representa una nueva idea.

He dicho (pág. 110) que la aristocracia puede ser el grupo de trabajo especializado, que llena, para el grupo de emparejamiento, funciones similares a las de la Iglesia o el Ejército con relación a los grupos de dependencia y de ataque-fuga, respectivamente.

La función que desempeña este subgrupo consiste en ofrecer una salida para sentimientos centrados en ideas de raza y nacimiento, es decir, para la esperanza mesiánica que, como he sugerido anteriormente, es precursora del deseo sexual, sin que provoque nunca el temor de que tales sentimientos originen un hecho que exija una evolución posterior. La aristocracia debe inspirar esperanza mesiánica, pero, al mismo tiempo, confianza en que, si el líder del grupo de emparejamiento se materializa, nacerá en un palacio, pero será semejante a nosotros —probablemente el término actual más adecuado para expresar la cualidad deseada, dentro del lenguaje convencional, sea el de “democrático”. En el grupo terapéutico el subgrupo “aristocrático” contribuye generalmente a que el grupo comprenda que la idea nueva es en realidad una idea con la cual ya están completamente familiarizados.

SUPUESTOS BÁSICOS, TIEMPO Y DESARROLLO

Al hablar de la mentalidad del supuesto básico deberemos mencionar dos características sobre las que llamaré la atención. El tiempo no tiene que ver con ella; es una dimensión de la función mental no reconocida; por tanto, todas las actividades que reclaman conciencia

del tiempo son captadas imperfectamente y tienden a provocar sentimientos de persecución. Las interpretaciones de la actividad en el nivel de los supuestos básicos revelan una relación distorsionada con el tiempo. La segunda característica consiste en la ausencia de todo proceso de evolución como parte de la mentalidad del supuesto básico; los estímulos para el desarrollo reciben una respuesta hostil. Podrá comprobarse que éste es un asunto de importancia en cualquier grupo cuyo propósito sea promover por medio del estudio del grupo un desarrollo terapéutico del “insight”. La hostilidad así engendrada tiende a determinar que la reacción ante la aparición de la persona o idea mesiánica tome una forma aberrante, y no que evolucione cíclicamente de un supuesto básico a otro. Porque, si un grupo desea impedir el desarrollo, la manera más simple de lograrlo es abandonarse a la mentalidad del supuesto básico, y acercarse así al tipo de vida mental que no requiere capacidad de desarrollo. La mayor compensación que se puede obtener por tal cambio parece consistir en el aumento de un placentero sentimiento de vitalidad.

Podemos apreciar la defensa que la escisión representa contra la amenazadora idea del desarrollo en la dinámica de los grupos cismáticos, que ostensiblemente se oponen, pero que en realidad procuran el mismo fin. Un grupo se adhiere al grupo dependiente, con frecuencia en la forma de “biblia” grupal. Este grupo populariza las ideas establecidas al despojarlas de cualquier elemento que requiera esfuerzos penosos, y de esta manera se asegura la adhesión numerosa de los que se oponen al sufrimiento que significa la evolución. El pensamiento se estabiliza así en un nivel que es trivial y dogmático. El grupo recíproco, que aparentemente apoya la idea nueva, se hace tan exigente en sus demandas, que cesa de renovarse. Así, ambos grupos evitan el choque doloroso entre lo primitivo y lo sofisticado, que constituye la esencia del conflicto evolutivo. Los cismáticos superficiales, pero numerosos, se oponen así a los cismáticos profundos, pero desdeñables desde el punto de vista numérico. El resultado recuerda el temor, a veces expresado, de que eventualmente la sociedad se reproduzca abundantemente a través de sus miembros menos cultivados, mientras la gente “mejor” permanece obstinadamente estéril.

RELACIÓN ENTRE UN SUPUESTO BÁSICO Y OTRO

Podemos retomar ahora los tres grupos de supuesto básico y el grupo de trabajo para comprobar si no pueden resolverse en algo

más fundamental. Aun concediendo que el postulado de los supuestos básicos contribuye a dar forma y significado al complejo y caótico estado emocional que el grupo descubre ante el participante dado a la investigación, no existe una explicación razonable de por qué deben existir tales supuestos. Es evidente que ninguno de los tres supuestos básicos alivia el temor del grupo y sus emociones; de otra manera no se produciría ningún cambio de un supuesto básico a otro, y no se formarían los correspondientes grupos especializados de trabajo que ya he descrito. Cada uno de los tres supuestos incluye la idea de un líder. El grupo ataque-fuga muestra un total desconocimiento de la comprensión como técnica. Todos sus miembros se oponen al desarrollo, que en sí depende de la comprensión. El grupo de trabajo, por el contrario, reconoce ambas necesidades: comprensión y desarrollo. Si consideramos los grupos especializados de trabajo, los tres se ocupan de asuntos que parecen residir fuera del ámbito del supuesto básico con el que se relacionan fundamentalmente. Así, el grupo especializado de trabajo que funciona de acuerdo con el supuesto básico de dependencia, no está exento de preocupaciones ligadas con ideas mesiánicas que parecerían corresponder con más propiedad al grupo de emparejamiento. En este caso los esfuerzos parecen estar dedicados a un Mesías nacido como hijo ilegítimo en un lecho de juncos o en un pesebre, uno de cuyos padres es del más elevado rango (la hija de un Faraón o la Deidad misma) y otro más humilde. En el grupo de emparejamiento el subgrupo aristocrático permite padres de elevado rango, y cuna palaciega, pero el niño es notable sólo por identificarse con el resto de nosotros. Al analizar los hechos, parece que lo difícil es combinar amor sexual, padres de igual nivel, un niño como nosotros, la esperanza mesiánica —que yo considero como componente esencial del amor sexual—, y una compulsión hacia el desarrollo que reclama en sí la capacidad de comprensión. El grupo ataque-fuga expresa un sentimiento de incapacidad para la comprensión y el amor sin el cual, por otra parte, la comprensión no puede existir. Pero el líder del grupo ataque-fuga vuelve a poner a la vista uno de los componentes temidos, una aproximación al padre temido o al niño.

Por otra parte, los tres grupos de supuesto básico parecen ser, a la vez, agregados de individuos que comparten entre sí las características de uno de los personajes de la situación edípica, que son dependientes de cualquiera de los supuestos básicos que esté en actividad. Este paralelo con los personajes de la situación edípica está, sin embargo, marcado por divergencias importantes. La relación parece darse entre el individuo y el grupo. Pero el grupo es sentido como un indi-

viduo fragmentado, dentro del cual hay otro escondido, en reserva. El individuo oculto es el líder, y aunque esto parece contradecir la afirmación constantemente reiterada de que el analista es el líder, la contradicción se resuelve si recordamos que en el grupo terapéutico el analista es el líder del grupo de trabajo, y que si bien se supone que él es quien desempeña el liderazgo, aparentemente se lo percibe como líder sólo en raras ocasiones. De acuerdo con mi experiencia, muy frecuentemente se me dice que no tomo parte en el grupo o que nunca doy una oportunidad para que el grupo conozca mis opiniones, aunque probablemente yo hable más que ningún otro. Lo esencial aquí, como siempre en un grupo, consiste en el sentimiento que acompaña a la idea expresada, y vuelvo a subrayar el hecho de que, si bien se supone que soy el líder del grupo, no se me percibe como tal.

He indicado ya que dentro del plano emocional, en aquellas situaciones donde los supuestos básicos son dominantes, se pueden percibir en el material las figuras edípicas tal como sucede en un psicoanálisis. Pero ellas incluyen un componente, poco tenido en cuenta, del mito de Edipo: la esfinge. En la medida en que se me considera el líder en la función de grupo de trabajo, y el reconocimiento de este hecho raramente falta, tanto yo como la función del grupo con la cual me identifico, somos investidos de sentimientos que serían completamente apropiados en relación con la enigmática e inquisitiva esfinge de la que emana el desastre. Algunas veces, cuando mis intervenciones han provocado mayor ansiedad que la usual, se emplean ciertos términos que casi no requieren interpretación para que el grupo capte la similitud. No conozco ninguna otra experiencia que demuestre más claramente el terror que suscita una actitud inquisitiva que la experiencia grupal. Esta ansiedad no sólo se dirige hacia el que interroga, sino también hacia el objeto de la interrogación y, según sospecho, es secundaria con relación al último. Pues el grupo, al ser en sí mismo el objeto de la interrogación, origina temores de una naturaleza extremadamente primitiva. Mi impresión es que el grupo se aproxima estrechamente, en las mentes de los individuos que lo componen, a fantasías muy primitivas con respecto al contenido del cuerpo materno¹. El intento de realizar una investigación racional de la dinámica del grupo, se ve, en consecuencia, perturbado por temores y por mecanismos que surgen a fin de enfrentarlo y que son característicos de la posición esquizo-paranoide. La investigación no puede ser llevada a cabo sin estimular y activar estos niveles.

¹ Melanie Klein.

Estamos ahora en una posición más favorable para considerar si los supuestos básicos son capaces de reducirse a algo más fundamental. He llamado ya la atención sobre el hecho de que estos tres estados mentales guardan entre sí ciertas semejanzas que me hacen suponer que ellos pueden no constituir fenómenos fundamentales, sino más bien expresiones de un estado que merecería ser considerado como primario o de reacciones contra él. En verdad, aunque he comprobado que la hipótesis de los supuestos básicos es una valiosa ayuda para ordenar el caos que representa el material resultante de una sesión de grupo, pronto se hace evidente que una investigación posterior reclama nuevas hipótesis. Esta necesidad, y el camino hacia la hipótesis que pueda satisfacerla, se me hicieron claros al considerar cuál era el elemento que podía precipitar el cambio de un supuesto básico a otro. En este análisis incluyo las formas aberrantes que he descrito anteriormente.

En suma, sin tomar en cuenta cuál de los supuestos básicos está en actividad, la investigación revela que los elementos de la situación emocional están tan estrechamente ligados a las fantasías propias de las ansiedades primitivas que, cuando la presión de la ansiedad se hace demasiado grande, el grupo se siente impulsado a tomar una acción defensiva. Enfocados desde este nivel primitivo, los supuestos básicos toman un aspecto diferente del que adoptaron a través de las descripciones que ya he dado. El impulso a aparearse puede ser visto ahora como poseyendo un componente que deriva de la ansiedad psicótica, asociada a los conflictos edípicos primitivos que actúan basados en relaciones parciales objetales. Esta ansiedad incita a que los individuos busquen aliados. Esta derivación del impulso de apareamiento está encubierta por la explicación aparentemente racional dentro del grupo de apareamiento, que afirma que el motivo de la relación es sexual y su objeto la reproducción.

Pero si el grupo de emparejamiento está en actividad, nuevamente encontramos que muchos de sus componentes están demasiado próximos a partes de objetos primitivos para que se pueda evitar identificarlos con ellos, de manera que no pasa mucho tiempo antes de que la ansiedad psicótica surja con tal fuerza que deba encontrarse una nueva defensa. Supongamos que toma la forma del grupo de ataque-fuga, es decir, una descarga de odio que encuentra salida en ataques destructivos dirigidos a un supuesto enemigo, o en huir del objeto aborrecido. La indiferencia que el grupo manifiesta con respecto al individuo, y sobre todo la incapacidad del grupo para escapar por este medio de la escena primaria primitiva, conduce nuevamente a una

descarga de ansiedad y a la necesidad de otro cambio de supuesto básico.

A través de esta descripción podrá apreciarse que los supuestos básicos emergen como formaciones secundarias de una escena primaria muy temprana, elaborada en un nivel de objetos parciales, y asociada con la ansiedad psicótica y los mecanismos de división y de identificación proyectiva, que Melanie Klein ha descrito como característicos de las posiciones esquizo-paranoide y depresiva. La introyección y la proyección del grupo, que por momentos es el temido investigador y por momentos el temido objeto de la investigación, constituyen una parte esencial del cuadro y contribuyen a aumentar la confusión que reina en la escena, a menos que se las reconozca como muy activas.

El concepto clásico de la escena primaria no llega bastante lejos como para ser aplicable a la dinámica del grupo. Debo destacar el hecho de que, según pienso, es esencial elaborar por completo la escena primaria, tal como ella se manifiesta en el grupo. Esta difiere en grado extremo de la escena primaria tal como se la describe clásicamente, en que es mucho más grotesca y que parece suponer que una parte de uno de los padres, el cuerpo o el pecho materno, contiene, además de otros objetos, una parte del padre. En su ensayo referente a las etapas primitivas del conflicto de Edipo, Melanie Klein (1928; también 1945) hace una descripción de estas fantasías, tales como se le hicieron manifiestas en el proceso del análisis individual (véase Paula Heimann, 1952 b) ¹. De acuerdo a mi criterio, la experiencia del grupo brinda extenso material para apoyar el punto de vista de que dichas fantasías son de capital importancia para el grupo ²; cuanto más perturbado se halla el grupo, tanto más fácil resulta encontrar manifestaciones que correspondan a estas fantasías y mecanismos primitivos; cuanto más estable, corresponde tanto más a las descripciones que hace Freud del grupo como una repetición de las pautas del grupo familiar y de los mecanismos neuróticos. Pero aun en el grupo "estable" los niveles psicóticos profundos debieran ser demostrados, aunque ello pueda significar temporariamente un aumento aparente del estado de "enfermedad" del grupo.

¹ Paula Heimann (1952 a.) nos describe este proceso tal como se presenta en el psicoanálisis.

² Es importante señalar que la descripción que Melanie Klein hace de la reacción del psicótico frente a los objetos externos, en su ensayo sobre *Early Stages of the Oedipus Conflict* (1928), es totalmente similar a las reacciones del grupo con respecto a las ideas. Hacer una "biblia" es una forma de defensa contra este fenómeno.

RESUMEN

Antes de considerar los puntos de vista del psicoanálisis con relación al grupo, pienso que es necesario resumir las teorías que he expuesto hasta aquí. Debe recordarse que en forma deliberada intenté, en la medida en que ello es posible para un psicoanalista que admite que se ha propuesto investigar el grupo por medio de intuiciones desarrolladas psicoanalíticamente, dejar a un lado todas las teorías psicoanalíticas de grupo precedentes, a fin de lograr una perspectiva des prejuiciada. Como resultado, he llegado a una teoría de grupo que pone en evidencia que las funciones del grupo de trabajo se dan junto a un comportamiento, con frecuencia fuertemente teñido con elementos emocionales, que sugería que los grupos reaccionaban emocionalmente a uno de los tres supuestos básicos. La idea de que tales supuestos básicos surgen en forma involuntaria, automática e inevitable, ha parecido útil para iluminar la conducta del grupo. Sin embargo, existen muchos elementos que sugieren que estos aparentes "supuestos básicos" no pueden ser considerados como estados mentales bien diferenciados. Con esto no pretendo sostener que sean explicaciones "básicas" que aclaren todo el comportamiento del grupo —lo que sería en verdad un disparate—, sino que, aun cuando sea posible diferenciar con razonable certeza un estado de los otros dos, cada uno de ellos participa de una cualidad que pareciera ser en cierto sentido el dual o la recíproca de uno de los otros dos, o quizás, simplemente, otro aspecto de lo que había sido considerado como un supuesto básico distinto. La esperanza mesiánica del grupo de emparejamiento, por ej., guarda cierta similitud con la deidad del grupo dependiente. Puede que esto sea difícil de ver, dado que el tono emocional es muy diferente. Como he dicho, dentro de cada grupo de supuesto básico encontramos ansiedad, temor, odio, amor. Es probable que se produzca una modificación de los sentimientos al combinarse con el respectivo grupo de supuesto básico, pues el "cemento", por así decir, que los liga unos con otros está constituido por culpa y depresión, en el grupo dependiente; por esperanza mesiánica, en el grupo de emparejamiento; y por disgusto y odio, en el grupo de ataque-fuga. De cualquier manera, la consecuencia es que el contenido mental implícito en la discusión puede aparecer como un resultado engañosamente distinto dentro de los tres grupos. En ocasiones es posible apreciar que el genio nonato del grupo de emparejamiento es muy similar al dios del grupo dependiente; en verdad, en aquellas ocasiones en que el grupo depen-

diente apela a la autoridad de un líder del "pasado" se aproxima muy estrechamente al grupo apareado, que apela a un líder "futuro". En ambos el líder no existe; sólo existe una diferencia de tiempo y una diferencia en la emoción.

Insisto sobre estos puntos para mostrar que la hipótesis de los supuestos básicos que he formulado no puede ser considerada como una fórmula rígida.

EL PUNTO DE VISTA PSICOANALÍTICO

Las teorías del grupo que sostiene Freud derivan de su estudio de la transferencia. Dado que la relación de apareamiento que se establece en el psicoanálisis puede ser considerada como parte de una situación de grupo más amplia, podría esperarse que la relación transferencial estuviera teñida, dadas las razones a que me referí antes, por las características asociadas con el grupo. Si se considera al análisis como parte de la situación total de grupo, se esperará encontrar elementos sexuales destacados en el material que allí se presente, y en aquella parte del grupo que se encuentra de hecho excluida del análisis, sospechas y hostilidad hacia el psicoanálisis, considerado como una actividad sexual.

Partiendo de su experiencia como analista, Freud fue capaz de deducir la significación de dos de los que yo he llamado grupos especializados de trabajo, el Ejército y la Iglesia, pero no se refirió al grupo especializado de trabajo que concede importancia fundamental a la raza, y que por lo tanto está más relacionado con los fenómenos del grupo de emparejamiento. Me refiero a la aristocracia. Si la aristocracia estuviera relacionada simplemente con la realidad externa, su actividad se asemejaría más profundamente al trabajo de un departamento genético en una universidad. Pero el interés que se pone de manifiesto en pro de la conservación de una casta carece de la atmósfera científica que asociaríamos con la actividad mental dirigida hacia la realidad externa: se trata de un grupo especializado de trabajo que se divide para manejar los fenómenos del grupo de apareamiento de igual manera en que el Ejército tiene que manejar los fenómenos de ataque-fuga y la Iglesia los fenómenos de dependencia. En consecuencia, la relación que este subgrupo mantiene con el grupo principal no estará determinada por el grado de fidelidad a los principios estrictamente genéticos con que maneja sus asuntos, sino por la eficiencia con la que dicho subgrupo satisface las demandas del grupo

principal. Este exige que los fenómenos del grupo de emparejamiento sean manejados de tal forma, que las funciones de grupo de trabajo del grupo total no se vean obstaculizadas por los impulsos emocionales que emanan de esa fuente. Aunque Freud desautorizó expresamente cualquier estudio superficial del problema de grupo (1913, pág. 75), y a pesar de que sus observaciones fueron hechas en el curso de una discusión de los puntos de vista de Le Bon, McDougall y Wilfred Trotter, la verdad (1921, *passim*) es que tenía amplia experiencia de grupo y de lo que significa ser un individuo envuelto en tensiones emocionales —tal como lo he indicado a través de mi esquema de la posible posición que el psicoanálisis puede ocupar en un grupo en el cual estimula los fenómenos de emparejamiento.

Freud (1930, pág. 44) expresa que la psicología individual y la psicología de grupo no pueden diferenciarse en absoluto, pues la psicología del individuo es en sí una función de la relación entre una persona y otra. Cree difícil que podamos atribuir al número una importancia tan grande como para creer que éste, por sí mismo, sea capaz de hacer surgir en nuestra vida mental un nuevo instinto que, de otra manera, no se hubiera manifestado. Pienso que Freud está muy acertado en este aspecto; en ningún momento me he encontrado frente a fenómenos que deban ser explicados, postulando la existencia de un instinto gregario. El individuo es miembro de un grupo, y lo ha sido siempre, aun cuando su participación en dicho grupo consista en comportarse de tal manera que parezca demostrarnos que no pertenece en absoluto a ningún grupo. El individuo es un animal de grupo que está en guerra tanto con el grupo como con aquellos aspectos de su personalidad que constituyen la esencia de su carácter gregario. Freud (1921, pág. 29) limita esta guerra a una lucha contra la "cultura", pero quisiera demostrar que esto requiere mayor extensión.

McDougall y Le Bon hablan como si la psicología de grupo surgiera sólo cuando un conjunto de personas se reúnen en un mismo lugar y al mismo tiempo, y Freud no desaprueba esto. De acuerdo con mi criterio, tales requisitos no son imprescindibles, excepto para hacer posible el estudio: el agregado de individuos sólo es necesario en la forma en que, para que sea posible demostrar una relación de transferencia, es necesario que el analista y el analizado se reúnan. Sólo a través de la reunión se presentan las condiciones adecuadas para que las características del grupo se revelen; sólo si los individuos se acercan suficientemente unos a otros es posible dar una interpretación sin necesidad de gritar; de la misma manera es necesario que todos los miembros del grupo puedan comprobar los elementos en los

que se fundamentan las interpretaciones. Por estas razones el número y el grado de dispersión del grupo deben ser limitados. El hecho de que el grupo se constituya en un lugar determinado y en un momento determinado, es importante por las razones mecánicas señaladas, pero no tiene mayor significado para la producción de fenómenos de grupo; la idea de que ello sea significativo surge de la impresión que establece que una cosa comienza en el momento en que su existencia se hace palpable. En verdad, ningún individuo, aunque esté aislado en tiempo y espacio, debe ser considerado como fuera de un grupo o como falto de manifestaciones activas de psicología de grupo. Repito, sin embargo, que la existencia de la conducta de grupo se hace evidentemente más fácil de demostrar, y aun de observar, si el grupo se constituye como tal; y pienso que es esta facilidad para la observación y la demostración la responsable de la idea de un instinto gregario, tal como lo postula Trotter, o de otras teorías que he mencionado ya, y que se reducen a la idea de que un grupo es algo más que la suma de sus miembros. Mi experiencia me convence de que Freud estuvo acertado al rechazar tal concepto que, de acuerdo con la evidencia presente, demostraba ser innecesario. La aparente diferencia que existe entre la psicología de grupo y la psicología individual es una ilusión que surge del hecho de que el grupo coloca en un primer plano ciertos fenómenos que se presentan como extraños para un observador que no está familiarizado con el grupo¹.

Asigno gran fuerza e influencia al grupo de trabajo que, a través del interés que demuestra por la realidad, se siente obligado a emplear los métodos de la ciencia aunque sea en forma rudimentaria; a pesar de la influencia de los supuestos básicos, y a veces en armonía con ellos, a la larga el grupo de trabajo es el que triunfa. Le Bon dijo que el grupo nunca se interesa demasiado por la verdad. Estoy de acuerdo con la opinión de Freud —tal como la encontramos particularmente al discutir el papel que desempeña el grupo en la producción del lenguaje², canciones populares, folklore, etc.— que manifiesta que al expresarse así Le Bon es injusto con el grupo. Cuando McDougall afirma que en el grupo altamente organizado existen ciertas condiciones que contrarrestan "las desventajas psicológicas de la forma-

¹ Se trata también de un asunto característico del desarrollo histórico; existen ciertos aspectos del comportamiento de grupo que parecen extraños, a menos que se posea cierta familiaridad con la obra sobre psicosis realizada por Melanie Klein. Especialmente los ensayos sobre la formación de símbolos y de mecanismos esquizoides. Este punto será desarrollado por mí más adelante.

² Más adelante, en otra parte de este trabajo, estudio un aspecto del desarrollo del lenguaje.

ción del grupo", se acerca a mi punto de vista, que sostiene que la función del grupo especializado de trabajo consiste en manejar el supuesto básico previniendo el bloqueo del grupo de trabajo. Según Freud estamos frente al siguiente problema: que el grupo adquiera "precisamente aquellos rasgos que fueron característicos del individuo y que están ahora extinguidos en él a raíz de la formación del grupo". Freud postula un individuo fuera del grupo primitivo que posee su propia continuidad, su autoconciencia, su tradición y sus costumbres, sus funciones particulares, y su posición propia. Debido a su integración dentro de un "grupo no-organizado", dice Freud, el individuo había perdido por un tiempo sus características distintivas. Yo pienso que la lucha que mantiene el individuo para preservar su peculiaridad toma diferentes aspectos de acuerdo con el estado mental del grupo en un momento dado. La organización del grupo da estabilidad y permanencia al grupo de trabajo, que corre el peligro de ser fácilmente ahogado por los supuestos básicos cuando el grupo carece de organización. La peculiaridad individual no constituye una parte de la vida de un grupo que actúa sobre supuestos básicos. La organización y la estructura son armas del grupo de trabajo. Constituyen el producto de la cooperación entre los miembros del grupo, y una vez establecidos en el grupo, su efecto consiste en reclamar una mayor cooperación de los individuos. El grupo organizado al que hace referencia McDougall es siempre, en este sentido, un grupo de trabajo y nunca un grupo de supuesto básico. Un grupo que actúe sobre un supuesto básico no necesitará ni organización ni capacidad de cooperación. La contraparte de la cooperación en el grupo de supuesto básico es la valencia —una función espontánea e inconsciente de la cualidad gregaria de la personalidad humana—. Las dificultades surgen sólo cuando el grupo comienza a actuar de acuerdo con un supuesto básico. La acción implica inevitablemente contacto con la realidad, y el contacto con la realidad obliga a tener en cuenta la verdad; se impone el método científico, y como consecuencia, se impone también un grupo de trabajo. De acuerdo con la descripción que hace Le Bon, un líder es alguien bajo cuya dirección se coloca instintivamente un conjunto de seres humanos, aceptando su autoridad como jefe; el líder debe adaptar sus cualidades personales al grupo, y debe estar sostenido por una fe poderosa para despertar la fe del grupo. Esta opinión de Le Bon, que sostiene que el líder es alguien que debe adaptar sus cualidades personales al grupo, es compatible con mi opinión, que sostiene que cuando el comportamiento o las características de un líder no se ajustan a los límites fijados por el supuesto básico predo-

minante, el grupo lo ignora. Además, el líder debe ser sostenido por la misma "fe" que sostiene el grupo —no para despertar la fe del grupo, sino porque las actitudes del grupo y del líder son funciones del supuesto básico.

La distinción que hace McDougall (1920, pág. 45) entre el grupo simple "no-organizado" y el grupo "organizado" me parece aplicable, no a dos grupos diferentes, sino a dos estados mentales que podemos observar como coexistentes dentro del mismo grupo. Por las razones que ya he dado, el grupo "organizado" puede mostrar los rasgos característicos del grupo de trabajo, mientras que el "no-organizado" muestra los rasgos característicos del grupo de supuesto básico. Freud discute los puntos de vista de McDougall, citando la descripción que éste hace del grupo "no-organizado". Con respecto a la sugestionabilidad del grupo, pienso que ésta depende de cuál sea la sugestión. Si ella está de acuerdo con los términos del supuesto básico, el grupo la seguirá; si no sucede así, será ignorada. De acuerdo con mi parecer, esta característica surge muy claramente en la situación de pánico, a la que hare referencia luego.

McDougall, discutido por Freud en los pasajes mencionados, señala ciertas condiciones que son necesarias para elevar el nivel de vida mental colectivo. "La primera de estas condiciones", dice McDougall (1920, pág. 49), "que es la base de todo el resto, consiste en un cierto grado de continuidad de la existencia del grupo". Esto me convence de que el grupo organizado que describe McDougall no es otra cosa que lo que yo llamo el grupo de trabajo. Al discutir los puntos de vista de Radcliffe Brown sobre estructura social, particularmente aquellos que se refieren a la distinción entre "estructura como una realidad concreta que tiene existencia verdadera" y "forma estructural", Meyer Fortes afirma que la distinción está asociada con la continuidad de la estructura social a través del tiempo. De acuerdo con mi opinión, la continuidad de la estructura social a través del tiempo es una función del grupo de trabajo. Meyer Fortes sostiene que el factor tiempo dentro de la estructura social no incide de manera uniforme y añade que, por definición, todos los grupos colectivos deben tener continuidad. Tal como sucede con la distinción que McDougall hace entre grupos no organizados y grupos organizados, yo creo que al tratar la incidencia del factor tiempo no estamos operando con dos grupos de clases diferentes, en el sentido de dos agregados diferentes de individuos, sino más bien con dos categorías diferentes de actividad mental que coexisten en el mismo grupo de individuos. Dentro de la actividad del grupo de trabajo, el tiempo es intrínseco: dentro de la ac-

tividad de supuesto básico, no tiene lugar. Las funciones propias de los grupos de supuesto básico son siempre activas antes de que el grupo se reúna en un lugar, y continúan su existencia luego que el grupo se ha dispersado. Dentro de las funciones de supuestos básicos no existen procesos de desarrollo ni de decadencia, y en este sentido difieren totalmente de las funciones del grupo de trabajo. En consecuencia, debe esperarse que si no se ha reconocido que dentro del grupo operan al mismo tiempo dos clases diferentes de funciones mentales, la observación de la continuidad del grupo en el tiempo producirá resultados anómalos y contradictorios: El hombre que pregunta cuándo se reúne el grupo nuevamente, en la medida en que hable de los fenómenos mentales, se está refiriendo al grupo de trabajo. El grupo de supuesto básico no se dispersa ni reúne, y dentro de él las referencias al tiempo no tienen significado. He conocido un grupo compuesto por hombres inteligentes, que conocían perfectamente los horarios de las sesiones, que se mostraban disgustados porque la sesión había finalizado, y que por un tiempo apreciable fueron completamente incapaces de captar un hecho que no hubiera representado ninguna duda en la mentalidad del grupo de trabajo. En consecuencia, lo que de ordinario se llama impaciencia, debe ser considerado, dentro del grupo de supuesto básico, como una expresión de la ansiedad originada por los fenómenos que están intrínsecamente confundidos con una dimensión que es completamente ajena a la mentalidad del supuesto básico. Es como si a un ciego se lo hiciera consciente de fenómenos que sólo pudieran ser entendidos por alguien que estuviera familiarizado con las propiedades de la luz.

Describiría los principios que plantea McDougall para elevar la vida mental colectiva a un nivel superior, como expresión de un intento de impedir el bloqueo del grupo de trabajo por obra del grupo de supuesto básico. Su segunda condición señala la necesidad que tiene el individuo de lograr una visión clara de los objetivos del grupo de trabajo. El punto cuarto expresa la necesidad de la existencia de un cuerpo de tradiciones, costumbres y hábitos, dentro de la mente de los miembros del grupo, que determinarán las relaciones entre unos y otros y el grupo como una totalidad; esto se aproxima al punto de vista sostenido por Platón, que afirma que la armonía del grupo debe estar basada en la función individual y en la firmeza con que el individuo se ajusta a ella. Pero tiene también ciertas afinidades con las opiniones de San Agustín, en el libro 19 de la *Ciudad de Dios*, que establecen que una relación adecuada entre un hombre y sus semejantes sólo puede ser lograda por aquel que, antes que nada, haya

regulado sus relaciones con Dios. Esto pareciera contradecir mi afirmación que sostiene que McDougall, al describir el grupo organizado, se ocupa en forma fundamental de los fenómenos del grupo de trabajo. La diferencia entre los dos escritores pareciera residir en el hecho de que McDougall pretende enfrentar los supuestos básicos al robustecer la capacidad del grupo de trabajo para conservar el contacto con la realidad externa, mientras que el interés de San Agustín reside en elaborar una técnica por medio de la cual el grupo especializado de trabajo se constituya teniendo como función específica la de mantener contacto con el supuesto básico —en particular con el supuesto básico dependiente. Es útil recordar que San Agustín dedicó sus afanes a defender al mundo cristiano contra el cargo de haber minado de tal modo la moral, que Roma había sido incapaz de resistir el asalto de Alarico. Dicho en un lenguaje diferente, había surgido una corporación o un grupo al que se le acusaba de haber manejado el supuesto básico de una manera menos eficiente que sus predecesores paganos. San Agustín se sentía ante la difícil tarea de refutar esto. Se trata de una situación que no deja de ser familiar para los que intentan conducir tanto al público como al grupo: estimular y manejar el supuesto básico, especialmente cuando se lo hace sin un conocimiento adecuado o siquiera con cierto grado de conciencia, como en cierto sentido pasa siempre, conduce a resultados adversos, y en ocasiones aun al desastre.

Consideraré ahora la parte de los escritos de Freud que sostiene que, dentro de un grupo, las emociones del individuo se intensifican en forma extraordinaria, mientras que su habilidad intelectual se reduce notablemente. Más adelante me referiré a esto cuando considere el grupo desde el punto de vista del individuo, pero por el momento enfocaré el problema tal como lo hace Freud (1921, pág. 33), es decir, como un fenómeno de grupo. En los grupos que he estudiado, se ha considerado siempre como cosa natural el esperar que yo tomara la delantera al organizar sus actividades. Como aprovecho la posición que se me otorga para orientar al grupo hacia una demostración de la dinámica grupal, la "organización" del grupo no actúa como debe actuar según McDougall. El deseo de un grupo "organizado", en el sentido en que McDougall lo entiende, se ve frustrado. El temor ante los supuestos básicos, que no pueden enfrentarse en forma satisfactoria con la estructura y la organización, se expresa en la supresión de la emoción, y la emoción constituye una parte esencial de los supuestos básicos. Se produce así una tensión que, ante los ojos del individuo, aparece como una intensificación de la emoción; la falta

de estructura permite que intervenga el grupo de supuesto básico, y dado que en un grupo de tal naturaleza la actividad intelectual es, como ya he dicho, sumamente reducida, el individuo, que se adapta al comportamiento impuesto por la participación en el grupo de supuesto básico, siente como si su capacidad intelectual se viera reducida. Esta creencia se ve reforzada porque el individuo tiende a ignorar toda actividad intelectual que no se ajuste al supuesto básico. En verdad, yo no creo que exista una reducción de la capacidad intelectual en el grupo, ni siquiera que "las grandes decisiones en el campo del pensamiento, así como los descubrimientos momentáneos y las soluciones de problemas, sean posibles sólo para un individuo que trabaje aisladamente" (McDougall, 1920), a pesar de que el grupo expresa tan comúnmente la creencia en que lo anterior es verdadero, y se elaboren toda clase de planes para contrarrestar la influencia, supuestamente perniciosa, que las emociones ejercen sobre el grupo. En verdad doy interpretaciones porque creo que es posible que dentro de un grupo pueda desarrollarse una actividad intelectual de alto rango, siempre que se sea consciente (y no en un plano de evasión) de las emociones de los grupos de supuesto básico. Si se encuentra algún valor en la terapia de grupo, creo que ésta debe consistir en experimentar en forma consciente una actividad de grupo de tal naturaleza.

Freud se empeña en el análisis de un elemento conocido por una variedad de nombres, tales como "sugestión", "imitación", "prestigio de los líderes", "contagio". Yo he usado el término "valencia" en parte porque deseo evitar los significados implícitos de antemano en los vocablos mencionados por Freud, en parte porque el término "valencia", tal como es usado en física para denotar el poder de combinación de los átomos, lleva en sí un grado considerable de sugestión valiosa para mi propósito. Con el término "valencia" identifico la capacidad del individuo para combinarse en forma instantánea con otros individuos, de acuerdo con una pauta de conducta establecida —los supuestos básicos—. Más adelante he de considerar con mayores detalles cuál es el significado que atribuyo a dicho término cuando me manejo dentro del enfoque psicoanalítico de la contribución del individuo.

No seguiré el análisis de Freud en todo su detalle; me detendré a explicar el uso que hace del término "libido", que toma de su estudio de la psiconeurosis (Freud, 1921). Freud enfoca el grupo a través del psicoanálisis, y a la luz de mi experiencia en grupos, el psicoanálisis puede ser considerado como un grupo de trabajo que tiende a estimular el supuesto básico de emparejamiento; siendo así, es proba-

ble que la investigación psicoanalítica, como parte de un grupo de emparejamiento, revele que la sexualidad ocupa una posición central. Por otra parte, de acuerdo con mi opinión sobre el grupo de emparejamiento, el psicoanálisis será considerado en sí mismo como una actividad sexual, dado que el grupo supondrá que dos personas sólo pueden reunirse por propósitos sexuales. Por lo tanto, es natural que Freud considerara que el lazo de unión entre dos individuos pertenecientes a un grupo fuera de naturaleza libidinal. El componente libidinal dentro de los nexos que unen al grupo es característico del grupo de emparejamiento, pero yo pienso que su naturaleza es distinta cuando se trata de un grupo dependiente y del grupo ataque-fuga. Freud describe al jefe supremo de la Iglesia como a Cristo, pero yo afirmaré que es la Deidad. Cristo, o el Mesías, no es el líder del grupo dependiente, sino del grupo de emparejamiento. En el psicoanálisis, considerado como parte del grupo de emparejamiento, el Mesías, o la idea mesiánica, ocupa una posición central, y el nexo entre los individuos es libidinal. La idea mesiánica se hace manifiesta en la creencia de que el paciente individual merece del analista una dedicación muy considerable, tanto como en la opinión, que muchas veces se expresa en forma abierta, de que como resultado del trabajo psicoanalítico se perfeccionará una técnica que, en última instancia, salvará a la humanidad. Resumiendo, considero que el uso que Freud hace del término libido es correcto sólo para una etapa, en verdad una etapa muy importante, y pienso que para describir los lazos de unión en todos los niveles del supuesto básico, se necesita un término más neutral. El lazo que une al grupo de trabajo, cuya naturaleza se me aparece como sofisticada, puede ser descrito más adecuadamente a través de la palabra cooperación.

De acuerdo con mi criterio, la noción que Freud tiene sobre el líder, al que describe como aquel de quien el grupo depende y de cuya personalidad derivan sus cualidades, surge de considerar la identificación como si fuera casi por completo un proceso de introyección de parte del yo. Para mí el líder es un producto del supuesto básico tanto como cualquier otro miembro del grupo y pienso que no puede esperarse otra cosa, siempre que consideremos que la identificación del individuo con el líder depende, no de la introyección como elemento aislado, sino también de un proceso simultáneo de identificación proyectiva (Melanie Klein, 1946). Dentro del nivel de supuesto básico, el líder no crea el grupo basado en su fanática adhesión a una idea, sino que es más bien un individuo cuya personalidad lo hace particularmente susceptible a sacrificar su individualidad en pro de las exigencias

que el liderazgo implica dentro de los grupos de supuesto básico. La "pérdida de las características distintivas del individuo" se da en el líder del grupo tanto como en cualquier otro miembro —un hecho que probablemente explica ciertas actitudes a las cuales los líderes son muy afectos—. En el grupo ataque-fuga, por ejemplo, el líder aparenta tener una personalidad distintiva porque su propia personalidad es de tal naturaleza que se presta a servir al requerimiento del grupo, cuyas exigencias reclaman un líder que tenga capacidad para luchar o huir; el líder no goza de mayor libertad para ser él mismo que cualquier otro miembro del grupo. Podemos apreciar que esto difiere de la idea de Le Bon, que sostiene que un líder debe poseer una voluntad poderosa y que sea capaz de imponerse, y también de la idea de Freud, que manifiesta que el líder participa de las características de un hipnotizador. En realidad, el líder se ha transformado, de la misma manera que los otros miembros del grupo, en lo que Le Bon describe como "un autómatas que ha cesado de ser conducido por su voluntad", y de este hecho es precisamente de donde deriva su poder. En suma, un individuo es líder en virtud de su capacidad para combinarse en forma instantánea, involuntaria (puede que voluntaria también) con todos los otros miembros del grupo, y lo único que lo separa de éstos es que, cualquiera sea su función en el grupo de trabajo, él es la encarnación del líder del grupo de supuesto básico.

El punto de vista de Freud parece no revelar las peligrosas posibilidades que existen en el fenómeno de liderazgo. Su opinión sobre el líder, y en verdad todas las otras opiniones de las que tengo conocimiento, no se ajustan fácilmente a mi experiencia sobre el liderazgo, tal como surge en la práctica. El líder del grupo de trabajo tiene, al menos, la virtud de poseer contacto con la realidad externa; en cambio, al líder del grupo de supuesto básico no se le exige esa cualidad. La descripción usual que se hace de un líder, lo presenta como algo semejante a una mezcla que comprende varios fenómenos de grupo, predominando las características del líder del grupo de trabajo. Por las razones que he dado, el líder del grupo de trabajo es un individuo inofensivo que carece de influencias en el grupo, o por el contrario un hombre que capta la realidad de una manera que incluye autoridad. En consecuencia, es posible que las discusiones sobre liderazgo, influidas sobre todo por las cualidades del líder del grupo de trabajo, estén teñidas de optimismo. Mi punto de vista en relación con el líder del grupo de supuesto básico no excluye la posibilidad de la identidad con el líder del grupo de trabajo, pero tiene en cuenta la existencia de un líder que concentra la lealtad entusiasta del grupo,

pero que no tiene contacto con otra realidad que la que el grupo de supuesto básico. Es necesario comprender que es significar que frente al grupo se encuentra un individuo cuyo consiste en que su personalidad ha sido bloqueada, "un autómatas que ha perdido sus características distintivas", pero que bargo está tan envuelto por las emociones del grupo de supuesto básico, que lleva en sí todo el prestigio ligado al líder del grupo de trabajo. Será posible así explicar algunos de los desastres que han sido conducidos ciertos grupos por líderes que, cuando las emociones que prevalecen en un nivel superficial desaparecen, muestran de las cualidades sustanciales para desempeñar su cargo.

Freud (1921, pág. 45) dice que el pánico puede ser más común con mayor propiedad en los grupos militares. Personalmente, en algunas ocasiones he experimentado situaciones de pánico con tropas, y en diversas ocasiones, en la vida civil, dentro de algunos grupos, he vivido ciertos fenómenos que me confirman que hay una razón al pensar que la experiencia emocional implícita en el pánico es una semejanza tan estrecha con mi experiencia militar, como para merecer el nombre de pánico. Pienso que Freud discute el fenómeno, aunque estas experiencias no parezcan justificar por sí mismas las teorías freudianas. La descripción del pánico que hace McDougall refiere a una experiencia que, en sus elementos esenciales, es muy similar a la mía, y me siento justificado en esta afirmación cuando dice: "Entre las emociones más crudas y primarias, otras suelen pagarse a través de una muchedumbre en una forma muy similar que el proceso es raramente tan rápido e intenso, como en el caso del temor" (McDougall, 1920, pág. 24); y a continuación, nota al pie de página, McDougall describe un ejemplo que presenta el Borneo, donde se muestra cómo una situación de ira se propaga instantáneamente a través de una multitud (ibíd., pág. 26). De esta manera McDougall ha relacionado ira y temor en forma muy clara, aunque sin hacer la conexión, y así apoya mi opinión de que el pánico es un aspecto del grupo de ataque-fuga. Yo sostengo que el pánico, la huida y el ataque incontrolado son en esencia lo mismo. No estoy familiarizado con la parodia de Nestroy, tal como la hace Freud (1931, pág. 49), pero considerando el relato tal como está dado, estoy de acuerdo en que podría ser tomado como un ejemplo típico de pánico, pero diría además que no existe ninguna diferencia más absoluta de escapar de una batalla que a través de la muerte, hay ningún elemento en el relato del pánico que sucede a la muerte del general, que podamos considerar como incompatible con

lidad al líder del grupo ataque-fuga; él es seguido aun cuando muere, pues su muerte es un acto de liderazgo.

El pánico no surge frente a cualquier situación, a menos que se trate de una situación que fácilmente pueda dar lugar a la ira. La rabia o el temor no ofrecen una salida inmediata: la frustración, que se hace inevitable, no puede ser tolerada, porque la frustración requiere toma de conciencia del transcurrir del tiempo, y el tiempo no es una magnitud que quepa dentro de los fenómenos de supuesto básico. La huida ofrece una oportunidad al alcance inmediato para la expresión de la emoción en el grupo de ataque-fuga y, por consiguiente, cumple la demanda de satisfacción instantánea: el grupo huirá. El ataque ofrece una salida inmediata semejante; en consecuencia, como alternativa, el grupo luchará. El grupo de ataque-fuga seguirá a cualquier líder (y, a pesar de las opiniones expresadas hasta ahora, al hacerlo mantendrá su coherencia) que dé órdenes que signifiquen la huida o el ataque instantáneos. Siempre que un individuo se adapte a las limitaciones del líder de ataque-fuga, no tendrá dificultades en lograr que el grupo se vuelque de una situación de huida precipitada a otra de ataque o de un ataque precipitado hacia el pánico.

El estímulo del pánico, o de la rabia, que considero intercambiables, debe ser siempre un hecho que caiga fuera de las funciones de grupo de trabajo del grupo considerado. Es decir, el grado de organización del grupo no es un factor en el pánico, a menos que la organización (que, como he dicho, constituye una parte de la función del grupo de trabajo) haya sido desarrollada a fin de enfrentar al acontecimiento externo, específico, responsable del pánico. En el ejemplo que da Freud (1921, pág. 47) sobre un incendio en un teatro o lugar de diversión, el grupo de trabajo está dedicado a observar el espectáculo, pero no a presenciar un desastre, y menos a remediarlo. El punto esencial con respecto a la organización consiste en que ésta debe adaptarse tanto al objetivo externo del grupo como al manejo del supuesto básico que tal objetivo tenga mayores probabilidades de evocar. Dentro del ejército, el pánico no surge a raíz de un peligro militar, aunque, dada la naturaleza de las cosas, es posible que el peligro esté presente. En verdad, es probable que el pánico no surja a raíz de ninguna situación en la que el ataque o la huida sean expresión adecuada del grupo de trabajo. Si aparece como producto de una situación semejante, se debe a que la causa real ha pasado inadvertida.

Es evidente que existe una brecha entre las teorías elaboradas por Freud y las que yo he esbozado aquí. Puede que esta brecha pa-

rezca más considerable de lo que es en realidad a causa del uso deliberado de una terminología nueva con la que he vestido el aparato de los mecanismos que creo haber mostrado. Será necesario comprobar esto observando al grupo desde un punto de vista que se acerque más al individuo. Pero antes de hacer esto deseo resumir, diciendo que Freud ve el grupo como una repetición de las relaciones parciales objetales. De esto se deduce que, de acuerdo con las opiniones de Freud, los grupos se aproximan a pautas de conducta neurótica, mientras que en mi opinión, los grupos reflejan pautas de conducta psicótica.

La sociedad o el grupo normales muestran semejanza con el grupo que Freud describe como grupo familiar. A medida que el grupo está más perturbado, se hace más difícil de entender sobre la base de las pautas familiares o de la conducta neurótica, tal como la conocemos en el individuo.

Esto no significa que yo considere que mis descripciones sólo se aplican a grupos enfermos. Por el contrario, tengo serias dudas con respecto a que una terapia verdadera pueda resultar, a menos que estas pautas psicóticas se muestren en toda su desnudez, cualquiera sea el grupo en cuestión. En algunos grupos tales pautas quedan muy pronto al descubierto; en otros, para que ellas se pongan de manifiesto es preciso un trabajo previo. Estos últimos grupos se asemejan al paciente analítico que, después de muchos meses de tratamiento, aparenta estar mucho más enfermo que lo que parecía antes de haber tenido ningún análisis.

El individuo que participa en un grupo terapéutico tiene derecho a esperar su curación. Los pacientes están convencidos casi sin excepción —y debe considerarse que las excepciones son más aparentes que reales— que el grupo es inútil y no los puede curar. Estos pacientes experimentan algo muy parecido a una conmoción al comprobar, al menos cuando yo soy un miembro del grupo, que sus ansiedades no encuentran nada que las mitigue, sino que, por el contrario, se trata de una demostración detallada y cuidadosa de que sus sospechas y resentimientos, vagos y defectuosamente formulados, se basan con frecuencia sólo en actitudes de grupo demasiado sustanciales con respecto a ello y sus problemas. Sus sospechas están bien fundadas; se relacionan, por lo menos en un sentido, con lo que parecería ser una indiferencia genuina hacia ellos, o peor aún, odio por ellos. Por ejemplo: Una mujer está hablando en medio de un grupo compuesto por seis personas y yo. Se queja de una dificultad con relación a la comida, del miedo que tiene de sentirse sofocada si come en un restaurante y de la sensación embarazosa que experimentó recientemente cuando una

mujer muy atractiva se sentó a su mesa. "Yo no siento lo mismo", dice el señor A., y su comentario es recibido por un sonido que partió de uno o dos de los otros miembros, que podría indicar que estaban en todo con él; podría indicarlo y en realidad lo indicaba, pero al mismo tiempo los dejaba en libertad de decir —pues este grupo se había puesto muy astuto— que ellos "no habían dicho nada", si esto era necesario. El resto del grupo observaba como si el asunto no le interesara. Si durante un análisis un paciente hablara de la manera en que había hablado la mujer, es evidente que, de acuerdo con el estado de su análisis, el analista no tendría gran dificultad en advertir un cierto número de posibles interpretaciones.

No puedo apreciar cómo algunas de estas interpretaciones, basadas en muchos años de estudios psicoanalíticos de la pareja, pueden ser consideradas como adecuadas para el grupo; o si no tendremos que revisar nuestras ideas con respecto a lo que constituye la situación analítica. En realidad, las interpretaciones que di tendían a señalar que el material que siguió a la confidencia del paciente mostraba la ansiedad del grupo por negar que la dificultad manifestada por la mujer —cualquiera fuese su naturaleza— era una dificultad común a todos, y que, además, los miembros del grupo eran, en ese sentido, superiores a la paciente en cuestión. Sentí que ese era el momento de mostrar que la acogida que el grupo brindara a la candorosa declaración de la mujer había hecho que, desde ese momento, le fuera muy difícil hablar a cualquiera de los otros miembros, en forma individual, de ciertos aspectos que, en un arranque de franqueza, les hiciera admitir que eran "inferiores". En suma, no fue difícil mostrar que si una paciente llegó al extremo de confesar ante el grupo una dificultad a fin de ser ayudada, lo que obtuvo fue un mayor sentimiento de inferioridad, y un robustecimiento de los sentimientos de soledad y de falta de valor.

Esta situación no es de ninguna manera similar a la que se produce durante un análisis, cuando el analista logra hacer manifiestos temores y ansiedades inconscientes. En el ejemplo que he dado, no se hizo ninguna interpretación que le aclarara a la paciente cuál era el significado de sus ansiedades cuando comía en presencia de "una mujer atractiva". La serie de interpretaciones que yo di, en la medida en que lograron su propósito, pudieron hacerle ver a la paciente las emociones desagradables que surgen del hecho de ser el receptor en un grupo que recurre a la identificación proyectiva. Pude haberle aclarado que su "comida" en la sesión le causaba embarazo, y hasta cierto punto esto se hallaba implícito en las interpretaciones que le estaba dando al grupo

en su totalidad. Pero me parece justo decir que, desde un punto de vista analítico, la paciente no recibió una interpretación satisfactoria, y que sufrió una experiencia cuyo tono desagradable no era inherente a su incapacidad, sino que surgía del hecho de que el tratamiento de grupo no era un tratamiento adecuado. Sin embargo, existe otra posibilidad: aunque yo no tenía ninguna razón para suponer, y no supongo, que ella fuera algo más que un caso de psiconeurosis, la manera en que se expresaba me recordaba mucho el candor y la coherencia de la expresión inconsciente que en el psicótico contrasta tan frecuentemente con la confusión que acompaña a sus intentos de comunicación racional. Más claramente: creo que si esta paciente me hubiese hablado durante un análisis como lo hizo ante el grupo, su entonación y sus maneras no me habrían permitido dudar de que la interpretación que cabía era la apropiada ante un caso de incapacidad neurótica; en el grupo, tales maneras y entonación me parecieron indicar que su conducta podría ser explicada más adecuadamente si se la consideraba como afín a las manifestaciones del psicótico. En este sentido, diría que la paciente sentía que había un objeto único, llamado grupo, que ella había roto en pedazos (los miembros del grupo) al comerlo, y que la creencia en que esto era así robustecía los sentimientos de culpa de que las emociones surgidas de ser la receptora de identificaciones proyectivas eran efecto de su comportamiento. Estos sentimientos de culpa aumentaban su dificultad para entender la parte que las acciones de los demás tenían en sus emociones.

Hasta ahora he tratado la "falta de consideración" que el grupo demostró con respecto a la paciente que intentaba obtener tratamiento; ahora debemos considerar esto desde el punto de vista de los miembros del grupo que estaban procurando "curarse" a través de los mecanismos de escisión y proyectivos descritos por Melanie Klein (1946). Aquellos no sólo se habían desentendido de los conflictos de la paciente, sino que, si los mecanismos se cumplían con eficacia, se habían preparado para librarse de cualquier sentimiento de responsabilidad con relación a la mujer. Lograban esto separando las partes buenas de su personalidad y localizándolas en el analista. De esta manera, el "tratamiento" que tales individuos recibían del grupo consistía en alcanzar un estado mental que podía homologarse, por una parte, con la "pérdida de las características individuales", de las que habla Freud, y, por otra, con la despersonalización que encontramos en los psicóticos. En este momento el grupo se halla en el estado que he descrito cuando el supuesto básico dependiente es dominante.

No profundizaré más en la descripción del posterior desarrollo del grupo, excepto para mencionar una peculiaridad de su comportamiento subsecuente que es muy común en todos los tipos de situaciones de grupo; las comunicaciones que se produjeron luego se manifestaron en términos de interjecciones breves, largos silencios, muestras de aburrimiento, movimientos de incomodidad. Cuando un grupo manifiesta tales signos, la situación debe ser observada con gran atención. El grupo parece capaz de soportar semejante tipo de conversación, o ninguna en absoluto, por períodos interminables. Surgen ciertas protestas, pero seguir en la monotonía parece constituir un mal menor que iniciar cualquier acción para acabar con ella. No es posible dar todas mis razones para pensar que esta fase del comportamiento del grupo era de importancia. Me conformaré con decir que ella está estrechamente ligada con la división y despersonalización que mencioné anteriormente. También creo que dicha fase se relaciona con sentimientos de depresión, tal vez de la misma manera que el mantener una posición esquizoide sirve para suprimir la posición depresiva (Klein, 1946).

COMUNICACIÓN VERBAL

Las interpretaciones que se hacen en esta etapa son dejadas de lado. Esta indiferencia puede ser, como en psicoanálisis, más aparente que real; quizás las interpretaciones sean imperfectas y por lo tanto ineficaces, o quizás los supuestos básicos sean tan dominantes que se ignore cualquier sugerencia que no se ajuste a las limitaciones de esos estados. Pero aun considerando estas posibilidades, queda algo sin explicar. Me he visto obligado a admitir que el intercambio verbal es una función del grupo de trabajo. Cuanto más se ajuste el grupo al supuesto básico, menor será el uso racional que se haga de la comunicación verbal. Las palabras sirven de vehículo en la comunicación sonora. Melanie Klein (1930) ha subrayado la importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del individuo y, de acuerdo con mi criterio, su estudio sobre la pérdida de la capacidad para la formación de símbolos, es de gran interés para el estado que describo. El grupo de trabajo entiende la particular manera de usar los símbolos que está implícita en la comunicación; el grupo de supuesto básico no. Alguna vez he oído la sugestión de que el "lenguaje" del grupo de supuesto básico es primitivo. No creo que esta creencia sea verdadera. Creo que es rebajado más bien que primitivo. En vez de desarrollar el lenguaje como un método de pensamiento, el grupo usa un lenguaje existente, co-

mo una forma de acción. Este método de comunicación "simplificado" carece de la vitalidad del lenguaje primitivo. Su simplicidad no es más que una degeneración o una falsificación. En contraste con ello, observamos ocasiones en que un grupo, consciente de la falta de exactitud de su vocabulario, discute y llega a un acuerdo sobre los términos que se desean usar. Podemos decir que en estos casos contemplamos la evolución de un método científico "primitivo" como parte de la función del grupo de trabajo, pero aquí no existe nada de falso. El "lenguaje" propio del grupo de supuesto básico carece de la precisión y amplitud que se adquiere por medio de la capacidad para formar y usar símbolos: este elemento necesario para el desarrollo está ausente, y los estímulos que ordinariamente provocarían evolución no tienen efecto. Pero bien se podría reclamar para los métodos de comunicación que emplea el grupo el título de Lingüística Universal que Croce daba a la estética. En el nivel de los supuestos básicos, todos los grupos humanos se entienden entre sí instantáneamente, sin importar cuán diversas sean sus culturas, idiomas y tradiciones.

Como un ejercicio de aplicación de algunas de las teorías que he adelantado, pondré el ejemplo bíblico sobre la construcción de la "Torre de Babel"¹. Dicho mito combina —en forma muy similar a como lo hacen las asociaciones de un paciente psicoanalítico— varios componentes: un lenguaje universal; el grupo empeñado en la construcción de una torre que la Deidad considera una amenaza a su posición; la confusión del lenguaje universal y la dispersión de las gentes a través de toda la superficie de la tierra. ¿Cuál es el hecho implícito en este mito? Usaré mis teorías para interpretar el mito como un relato que corporiza el desarrollo del lenguaje dentro de un grupo donde predomina el supuesto básico de dependencia. El nuevo desenvolvimiento —es útil recordar que Freud toma el desenvolvimiento del lenguaje como un ejemplo de actividad de grupo de un nivel mental elevado— exige un desarrollo posterior del grupo; considero que esto está implícito en el simbolismo de la torre cuya construcción amenaza la supremacía de la Deidad. La idea de que la torre alcanzará el Cielo introduce el elemento de esperanza mesiánica que yo considero como propio del grupo de emparejamiento. Pero una esperanza mesiánica que se realiza viola el canon del supuesto básico de emparejamiento, y el grupo se disuelve en cismas.

Melanie Klein (1930) ha demostrado que la incapacidad para cons-

¹ Génesis XI. 19. Este relato es parte del código llamado de Jehová. En consecuencia puede ser considerado como un ejemplo de conservación ofrecido por un grupo cuyo supuesto básico dominante es el de dependencia, cuando se siente amenazado por la aparición del supuesto básico de emparejamiento.

truir símbolos es característica de ciertos individuos; yo ampliaría esta afirmación a todos los individuos en la medida en que funcionan como miembros de un grupo de supuesto básico.

SUMARIO

De acuerdo con mi opinión, los puntos de vista de Freud con respecto a la dinámica del grupo requieren ser completados antes que corregidos. Hay ocasiones en que la interpretación adecuada es la que señala un comportamiento del grupo que sería apropiado si se tratara de una reacción ante una situación familiar. En otras palabras, esto confirma la idea de Freud que sostiene que el grupo familiar es el fundamento básico para todos los grupos. Si no me he detenido especialmente en esto, es porque no creo que esa opinión lleve muy lejos. Dudo que cualquier intento para establecer un procedimiento terapéutico de grupo pueda lograr sus propósitos limitándose a investigar los mecanismos que tienen dicho origen. Yendo más lejos, pienso que la posición central dentro de la dinámica de grupo está ocupada por aquellos mecanismos más primitivos que Melanie Klein ha descrito como peculiares de las posiciones esquizo-paranoide y depresiva. Aunque no quisiera verme desafiado a probarlo con mi limitada experiencia, pienso que no se trata simplemente de decir que, al sostener el grupo familiar como prototipo de todos los grupos, Freud hace un esquema incompleto, sino que este esquema deja a un lado la fuente de los principales impulsos emocionales del grupo.

Por supuesto, puede que esto sea un mecanismo producido por la frustración, dentro del grupo, del deseo que experimenta el individuo de estar solo conmigo. No quiero restar importancia a este hecho, pero la verdad es que no creo que los fenómenos que he presenciado sean peculiares del grupo terapéutico. Todos los grupos estimulan y al mismo tiempo frustran a los individuos que los integran; pues dentro del grupo cada uno se siente impulsado a buscar satisfacción para sus necesidades, y al mismo tiempo se siente inhibido por los temores primitivos que el grupo origina.

En suma: cualquier grupo de individuos que se reúnan para trabajar muestran signos propios de la actividad del grupo de trabajo, es decir, funcionamiento mental dedicado a llevar adelante la tarea emprendida. La investigación muestra que en algunas ocasiones tales objetivos se ven entorpecidos, y en otras favorecidos, por impulsos emocionales de origen oscuro. Si se supone que en el plano emocional el gru-

EXPERIENCIAS EN GRUPOS

po actúa como si participara de ciertos supuestos básicos en con aquellos objetivos, daremos una cierta cohesión a estas act mentales anómalas. Estos supuestos básicos, que aparecen de con propiedad por las formulaciones de dependencia, aparean ataque-fuga, a la luz de una nueva investigación parecen des mutuamente, como respondiendo a un impulso inexplicable. dichos supuestos aparentan tener cierto nexo común, o, quizás, s diferentes unos aspectos de otros. Una investigación más ex muestra que cada supuesto básico contiene rasgos tan estrecham lacionados con objetos parciales extremadamente primitivos, qu o temprano se libera la ansiedad psicótica ligada a esas relacio mitivas. Dentro del psicoanálisis, Melanie Klein ha puesto de n to estas ansiedades y los mecanismos que les son propios, y sus ciones se ajustan perfectamente a lo estados emocionales que ene una salida en la acción del grupo, dentro de un comportamien adquiere coherencia si se lo considera como producto del supues co. Enfocados desde el ángulo sofisticado de la actividad del g trabajo, los supuestos básicos aparecen como fuente de impuls cionales dirigidos a objetivos muy diferentes, tanto con respec tarea manifiesta del grupo, como con las tareas que correspond la visión de Freud sobre el grupo basado en el núcleo familiar enfocados desde el ángulo de la ansiedad psicótica, asociada con sías de relaciones primitivas con objetos parciales, tal como las c Melanie Klein y sus colaboradores, los fenómenos de supuesto aparentan tener las características de las reacciones defensivas ansiedad psicótica, y no se contradicen totalmente con las opinio Freud, sino que más bien las suplementan.

En mi criterio, es necesario ahondar en las tensiones que j cen a las pautas familiares, y aún más en las ansiedades primit las relaciones parciales objetales. En realidad, considero que en encuentran las causas últimas de todo el comportamiento del gr

Si se piensa que cualquier intento de establecer un proced terapéutico de grupo como método de tratamiento individual, res lioso, sería aconsejable que el psicoanálisis hallara un nuevo para designarlo. No veo ninguna justificación científica para d nar psicoanálisis el trabajo en el que estoy empeñado —ya he da razones para esto (págs. 144-47). Además, debemos considerar el —del que todos somos conscientes— de que “la amarga experien ha enseñado que la resistencia contra el inconsciente llega a ser ta que puede distorsionar los descubrimientos analíticos, y reinterpi

en apoyo de alguna defensa personal" (Jones, 1952), y en consecuencia el término psicoanálisis debe continuar aplicándose, en la medida en que podamos controlar la situación, a los principios fundamentales del psicoanálisis. Permanece abierta la cuestión de cuál es el valor terapéutico que debe acordarse al procedimiento que he tratado de describir. Pienso que todavía no se puede dar una opinión definitiva, y creo que existen posibilidades para que los psicoanalistas capacitados puedan realizar investigaciones de valor, posiblemente con grupos cuyos integrantes sean, o hayan sido, psicoanalizados.

Como descripción de dinámica de grupo, cada individuo puede decidir por sí mismo si las teorías que he esbozado ofrecen alguna explicación para los fenómenos que él, como miembro de un grupo, puede presenciar diariamente.

BIBLIOGRAFÍA

- FORTES, MEYER (1949). "Time and Social Structure: an Ashanti Case Study". En *Social Structure*. Oxford, Clarendon Press.
- FREUD, S. (1911). "Formulations on the two Principles of Mental Functioning". Londres, Hogarth Press, *Collected Papers*, vol. IV; *The Complete Psychology Works of Sigmund Freud*, vol. 12. [Traducción castellana: *Los dos principios del suceder psíquico*, Obras completas, Buenos Aires, 1943, t. XIV.]
- FREUD, S. (1913). *Totem and Taboo*, Londres, Hogarth Press, 1950. *Complete Works*, vol. 13. [Traducción castellana: *Tótem y Tabú*, Obras completas, Buenos Aires, 1943, t. VIII.]
- FREUD, S. (1921). *Group Psychology and the Analysis of the Ego*, 1922. Londres, Hogarth Press, *Complete Works*, vol. 18. [Traducción castellana: *Psicología de las masas y análisis del yo*, Obras completas, Buenos Aires, 1943, t. IX.]
- FREUD, S. (1930). *Civilization and its Discontents*, Londres y Nueva York, 1930. *Complete Works*, vol. 21. [Traducción castellana: *El malestar en la cultura*, Obras completas, Bs. Aires, 1943, t. XIX.]
- HEIMANN, PAULA (1952 a). "Certain Functions of Introjection and Projection in Early Infancy". En M. Klein y otros (eds.). *Developments in Psycho-Analysis*. Londres, Hogarth Press, 1952. [Traducción castellana: *Desarrollos en Psicoanálisis*, Bs. Aires, Hormé, 1962.]
- HEIMANN, PAULA (1952 b). "A Contribution to the Re-evaluation of the Oedipus Complex - The Early Stages". *Int. J. Psycho-Anal.*, vol. 23. Pt. 2. También en Klein y otros (eds.). *New Directions in Psycho-Analysis*; Londres, Tavistock Publications, 1955; Nueva York: Basic Books. [Edición castellana en prensa, Bs. Aires, Paidós.]
- JONES, ERNEST (1952). Preface to *Developments in Psycho-Analysis*, Londres, Hogarth Press. [Traducción castellana: *Desarrollos en Psicoanálisis*, Bs. Aires, Hormé, 1962.]
- KLEIN, MELANIE (1928). "Early Stages of the Oedipus Complex". En *Contributions to Psycho-Analysis*, 1921-1945. Londres, Hogarth Press, 1948. [Edición castellana en prensa, Bs. Aires, Hormé.]
- KLEIN, MELANIE (1930). "The Importance of Symbol-Formation in the Development of the Ego". *Contributions to Psycho-Analysis*, Londres, Hogarth Press, 1948. [Edición castellana en prensa, Bs. Aires, Hormé.]
- KLEIN, MELANIE (1935). "A Contribution to the Psychogenesis of Manic-Depressive States". En *Contributions to Psycho-Analysis*. Londres, Hogarth Press, 1948. [Edición castellana en prensa, Bs. Aires, Hormé.]
- KLEIN, MELANIE (1945). "The Oedipus Complex in the Light of Early Anxieties". En *Contributions to Psycho-Analysis*. Londres, Hogarth Press, 1948. [Edición castellana en prensa, Bs. Aires, Hormé.]
- KLEIN, MELANIE (1946). "Notes on Some Schizoid Mechanisms". En M. Klein y otros (eds.) *Developments in Psycho-Analysis*. Londres, Hogarth Press, 1952 [Traducción castellana: *Desarrollos en Psicoanálisis*, Bs. Aires, Hormé, 1962.]
- MCDUGALL, W. (1920). *The Group Mind*. (2ª ed.) Londres, Cambridge University Press, 1927.
- LE BON, G. (1896). *The Crowd: a Study of the Popular Mind*. Londres, Benn, 1920.
- TROTTER, W. (1916). *Instincts of the Herd in Peace and War*. Londres.